

pronto más que la caballería, y luego la infantería según la resistencia, y de no tirar hasta haber recibido la fusilería de los insurrectos. Y Marmont repitió varias veces que por *fusilería* entendía al menos 50 tiros.

Las cuatro columnas se pusieron en movimiento á las doce, á la misma hora en que los diputados congregados la víspera en casa de Casimiro Périer se reunían en casa de Audry de Puyraveau. Esta vez eran unos 30, y entre ellos se encontraban el general Lafayette y el Sr. Laffitte, que habían llegado á París el día antes. Muchos jóvenes y obreros en armas, llamados por Audry de Puyraveau, se hallaban á la puerta y en el patio, no tanto para proteger á la reunión como para excitar y sostener la energía de sus miembros. El tiroteo empezaba en aquel momento, en los bulevares más próximos, entre los insurrectos y un regimiento de línea á las órdenes del general Saint-Chamans; tiroteo poco mortífero, porque los combatientes procuraban hacerse el menor daño posible, pero bastante considerable para presagiar la próxima energía de la lucha. Mauguín tomó el primero la palabra. «Lo que hemos de dirigir es una revolución, dijo; propongo la formación de un gobierno provisional, y pido que sea inmediatamente establecido. — ¡Un gobierno provisional!, exclamaron asustados el general Sebastiani y los señores Carlos Dupín y Casimiro Périer. Eso sería salir del orden legal. ¡No debemos salir de él!» Périer propuso el envío de una comisión al duque de Ragusa, á fin de evitar la efusión de sangre y obtener una tregua durante la cual los diputados y cuerpos constituidos pudiesen llevar las quejas del pueblo al pie del trono. «No me opongo al envío de esa comisión, replicó Lafayette, con la condición de que se limite á ordenar á Marmont, en nombre de la ley y bajo su responsabilidad personal, que mande cesar el fuego.» Nombróse la comisión compuesta de Périer, Laffitte, Mauguín y los generales Gérard y Lobau, y se acordó volverse á reunir á las cuatro de la tarde en casa de Berard, para enterarse del resultado de la entrevista con el duque de Ragusa. Llegó entonces Guizot y leyó una protesta que sometió á la firma de los diputados presentes. Aunque este documento distaba mucho de tener la firmeza de fondo y la claridad de forma de la protesta redactada por Thiers, y aunque suponía los decretos contrarios á las intenciones del rey y dirigía á este príncipe protestas de fidelidad, los miembros de la reunión no se atrevieron á firmarlo.

Mientras esto ocurría en casa de Audry de Puyraveau, la marcha de las diferentes columnas entonces en movimiento era un continuo combate. En algunos sitios, como en las inmediaciones del Hotel de Ville, del mercado de los Inocentes y de la Bastilla, las bajas de una y otra parte eran numerosas. En toda la línea de bulevares centrales, á medida que la columna del general Saint-Chamans había avanzado hacia la puerta de San Martín, los insurrectos habían cortado los árboles, obteniendo de este modo centenares de barricadas, infranqueables hasta para la infantería.

Ninguna dirección superior presidía á aquella lucha, de parte de la población. El levantamiento, doquiera aparecía la tropa, era espontáneo. Un admirable instinto de defensa inspiraba á los habitantes de cada calle el mismo sistema de combate, y los esfuerzos, con ser individuales y aislados, presentaban un conjunto que

difícilmente hubiera podido darles la organización mejor concebida. Las armas, sin ser numerosas, no faltaban: los antiguos guardias nacionales habían conservado sus fusiles; pero éstos no hubieran bastado si no se hubiesen añadido las escopetas de propiedad particular, los fusiles procedentes del desarme de retenes, veteranos y bomberos, y los que se habían cogido en varios cuarteles. Las municiones encontradas en los comercios ó existentes en poder de los particulares se agotaron pronto: en algunos puntos, á falta de balas, se cargaron las armas con clavos, botones y caracteres de imprenta. Pero la penuria no tardó en cesar. A las tres de la tarde, el polvorín situado en el faubourg Saint-Marceau, cerca de la Salpetriere, proporcionó abundantes recursos. Guardado por unos veinte hombres, este establecimiento había caído por la mañana en manos del pueblo del barrio. Numerosos barriles fueron inmediatamente transportados á varios puntos de la margen izquierda del Sena, donde se establecieron talleres públicos para la fabricación de cartuchos que eran distribuidos á todo el que los pedía, y llevados por mujeres y muchachas á los combatientes de los muelles cercanos al Hotel de Ville.

El 15.º regimiento ligero, apostado en el Puente Nuevo y en el mercado de las flores, único que ocupaba una posición militar en aquella parte de París, guardaba una especie de neutralidad que el pueblo se guardaba bien de romper, pues dicha fuerza no oponía obstáculo alguno á los movimientos de la población.

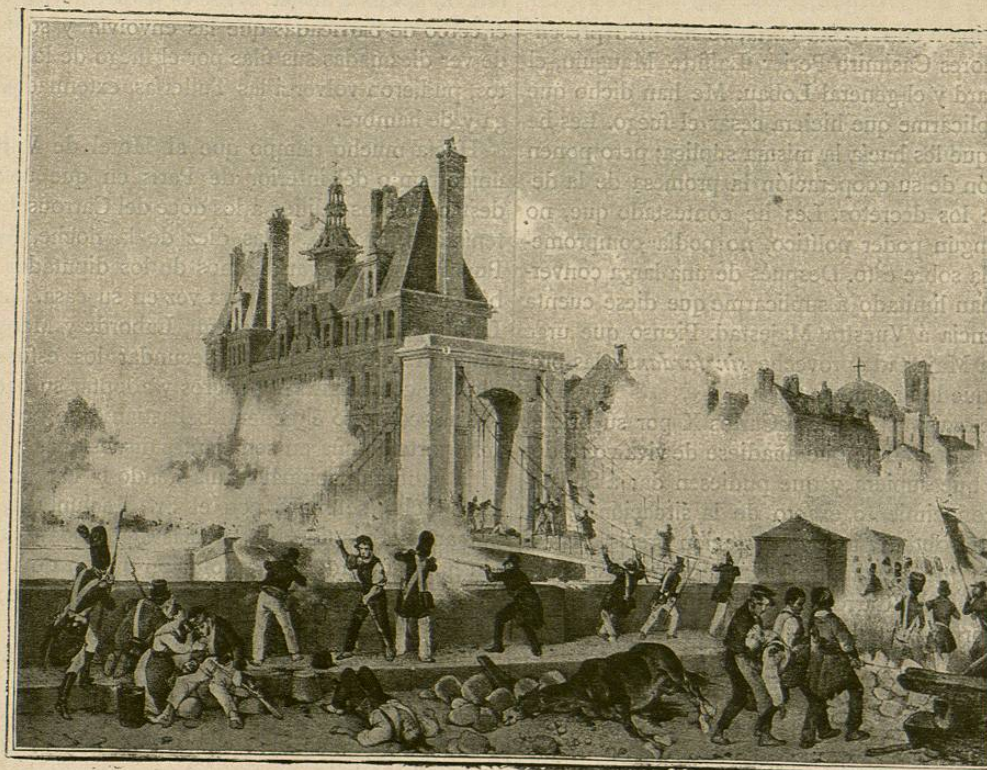
Los escritores y antiguos carbonarios mezclados en la insurrección no perdonaban medio de sostener la energía moral de los combatientes; desde las primeras horas de la mañana se había hecho circular la voz de que Carlos X había huído, y que un nuevo gobierno acababa de suceder al suyo. A fin de dar á esta fábula una apariencia de realidad, se anunció en carteles impresos en gruesos caracteres y fijados en las esquinas, que Lafayette, el general Gerard y el duque de Choiseul eran miembros del nuevo poder. Al mismo tiempo se procuraba sobornar al ejército, haciendo circular papeletos impresos en que se leía «que la patria tenía un bastón de mariscal á la disposición del primer coronel que hiciera causa común con el pueblo.» Pero lo que más contribuía á sostener el entusiasmo de los combatientes era la unanimidad de la resistencia; la población entera tomaba parte en la lucha, cuando no activamente, de una manera pasiva. El combatiente del pueblo tenía en su favor á todos los habitantes; las puertas de todas las casas se abrían para protegerlo, mientras que los soldados no encontraban más que enemigos en todas partes, delante, detrás, á los lados, arriba y hasta bajo sus pies, pues se les hacía fuego por los tragaluces de los sótanos. Hasta el calor excepcional que se desarrolló en aquellos días fué una desventaja para la tropa, que experimentaba el doble tormento de una fatiga sin reposo y de una sed ardiente que no se podía apagar.

Cuando una revolución estalla, los hechos que la determinan no son nunca sino el motivo ocasional; tiene sus raíces, su razón de ser, en hechos anteriores; no trata de castigar al presente, sino al pasado. Los condenados políticos, los desterrados, los perseguidos de todas épocas, los antiguos militares del Imperio cuya

carrera había sido destruida por la Restauración ó por sus agentes; en una palabra, la masa innumerable de individuos que, desde 1814 y 1815, habían sufrido en sus sentimientos, en su fortuna y en su persona, del restablecimiento de la monarquía ó de las medidas antipolíticas de sus ministros y funcionarios, acababan de arrojar desesperadamente á aquella lucha, punto supremo de reunión de todas las quejas y de todas las cóleras acumuladas durante quince años contra los Borbones.

La columna del general Talón agotaba sus cartuchos

á Saint-Cloud á celebrar con el rey el consejo ordinario, habían creído más prudente permanecer en las Tullerías al lado del duque de Ragusa, á quien confiaron la ejecución y la responsabilidad de varios acuerdos, entre ellos la formación de un consejo de guerra encargado de juzgar á los insurrectos cogidos con las armas en la mano, y la prisión de los hombres políticos señalados á la atención de los ministros como los jefes probables de la insurrección. Polignac entregó una lista de siete nombres á Marmont, que redactó la orden siguiente: «El mariscal de Francia duque de Ragusa, coman-



Toma de las Casas Consistoriales en París, según Víctor Adam.

en mantenerse en la plaza del Hotel de Ville; la del general Saint-Chamans se hallaba estacionada en la plaza de la Bastilla sin poder comunicar con las demás ni volver á tomar la línea de los bulevares; el batallón del coronel de Pleineselves, aislado en la puerta de Saint-Denis, tenía también cortadas sus comunicaciones; la columna del general Quinsonnas se hallaba materialmente aprisionada por la insurrección del mercado de los Inocentes. Tal era la situación de las fuerzas del duque de Ragusa entre dos y tres de la tarde, cuando este mariscal, que aún no conocía más que una parte de estos sucesos, dictaba para Carlos X á su ayudante, Sr. de Guisa, una carta en que le refería los detalles de la lucha, confesándole que la situación era cada vez más grave. De pronto Marmont recibió la visita de su amigo Arago, que iba á inducirle á que tomara una resolución favorable á los intereses de su honor y al bien del país. Durante la entrevista del eminente astrónomo con el mariscal, anunciaron la llegada de la comisión de diputados nombrada en casa de Audry de Puyraveau, y Arago se retiró á una habitación contigua.

Aquella misma mañana, los ministros, en vez de ir

dante general de las tropas de París, ordena proceder á los siguientes arrestos: Sr. Laffitte, general Gerard, Sr. Mauguín, general Lafayette, señores Audry de Puyraveau, Eusebio de Salverte y Marchais.»

Marmont entregó la orden á Foucault, coronel de gendarmería, con encargo de cumplimentarla. Apenas había salido este último de las Tullerías, cuando anunciaron al duque de Ragusa que Laffitte, Gerard, Mauguín, el conde de Lobau y Casimiro Perier, acababan de llegar al Carrousel con el objeto de celebrar con él una conferencia. La lealtad del mariscal se subleva á la idea de ver á los tres primeros de aquellos diputados víctimas de su confianza en su propio honor; llama á su primer ayudante y le dice: «¡Que corran en busca del coronel Foucault! ¡Que le retiren la orden que le dí hace un instante! ¡Enviad uno, dos, tres oficiales; id vos mismo, si es necesario!» Un ayudante parte en seguida y no tarda en volver con el coronel de gendarmes, el cual devuelve la orden á Marmont, que la rompe. Los cinco diputados son introducidos, y Laffitte expone al mariscal el objeto de la comisión. El duque, después de escucharle con benevolencia, contesta que el honor le obliga á ejecutar las órdenes que ha recibido, que su



situación es una fatalidad de su vida, que abunda en los sentimientos de los que creen que la revocación de los decretos y la separación del ministerio pueden solucionar el conflicto, pero que se ve encadenado por el deber. Laffitte le pregunta si tiene un medio pronto y seguro de informar al rey del estado de las cosas y de la diligencia practicada por la comisión. El duque contesta que se encarga de ello muy gustoso y que con toda el alma desea que produzca el mejor efecto, aunque no lo espera. Retírase la comisión y el mariscal termina su carta á Carlos X con las líneas siguientes:

«Cuando iba á cerrar esta carta, se me han presentado los señores Casimiro Perier, Laffitte, Mauguin, el general Gerard y el general Lobau. Me han dicho que venían á suplicarme que hiciera cesar el fuego. Les he contestado que les hacía la misma súplica; pero ponen por condición de su cooperación la promesa de la derogación de los decretos. Les he contestado que, no teniendo ningún poder político, no podía comprometerme á nada sobre esto. Después de una larga conversación, se han limitado á suplicarme que diese cuenta de su diligencia á Vuestra Majestad. Pienso que urge que Vuestra Majestad aproveche *sin tardanza* las proposiciones que le hacen.»

Marmont envió esta carta á Carlos X por su primer ayudante, encargándole que añadiese de viva voz todos los detalles que supiera y que pudiesen dar á Su Majestad un conocimiento exacto de la situación, y que insistiese para obtener una contestación precisa. En el momento en que el ayudante del duque de Ragusa se disponía á salir del Carrousel, salía también para Saint-Cloud un correo portador de una carta de Polignac para Carlos X.

En la reunión que unos 40 diputados celebraron en casa de Bérard, éste no pudo conseguir que sus colegas firmasen la protesta redactada por Guizot. En el momento de retirarse los generales Sebastiani, Gerard y Lobau, fueron duramente tratados por un grupo de jóvenes que, ávidos de una dirección y de jefes, esperaban con impaciencia en el patio el resultado de la reunión.

A instancias de un amigo del general Gerard, que á su vez lo era del Sr. de Vitrolles, éste había ido á Saint-Cloud á suplicar al rey que hiciese parar la efusión de sangre revocando los decretos. Carlos X, que le recibió á las dos y media, contestóle: «Los decretos pueden no ser *legales*; pero el artículo 14 los hace *constitucionales*, y tengo en mis armas la misma confianza que en mi derecho.»

Carlos X creía en aquel momento que el general Gerard y los señores Laffitte y Mauguin estaban presos. Así se lo había dicho un ayudante del Delfín, que se encontraba con Polignac en el Carrousel cuando la comisión fué recibida por el duque de Ragusa, y partió rápidamente para Saint-Cloud á fin de llevar la noticia al rey. En esta creencia, Carlos X añadió en su contestación á Vitrolles: «Los jefes del movimiento deben hallarse á estas horas en manos de la autoridad militar, y se acaba de nombrar un consejo de guerra que juzgará sumariamente á los insurrectos cogidos con las armas en la mano.»

Vitrolles volvió á París aquella misma tarde y pudo

darse cuenta de las ilusiones en que se tenía al rey; vió el Louvre y las Tullerías literalmente rodeados de una línea de fuego de mosquetería; la insurrección, lejos de decaer, parecía haber adquirido nuevas fuerzas; barrios enteros que había dejado ocupados por las tropas, se hallaban ahora en poder de los insurrectos.

Todo París estaba en armas; cada barrio, erizado de barricadas, permanecía como independiente de los demás, y esto daba lugar á los rumores más falsos y á las versiones más contradictorias.

Las columnas que habían tomado posiciones se vieron obligadas á hacer heroicos esfuerzos para romper el cerco de barricadas que las envolvía, y sólo á costa de ver diezmas sus filas por el fuego de los insurrectos, pudieron volver á las Tullerías, extenuadas de fatiga y de hambre.

Hacía mucho tiempo que el Hotel de Ville era el único punto del interior de París en que uno de los destacamentos salidos á los doce del Carrousel se mantenía aún, cuando, á las diez de la noche, Audry de Puyraveau vió llegar algunos de los diputados que habían acordado reunirse otra vez en su casa. Lafayette, Laffitte, Audry de Puyraveau, Laborde y Mauguin declararon que era preciso secundar los esfuerzos del pueblo, compartir sus peligros y adoptar su bandera; á lo cual contestó el general Sebastiani que no podía tomar parte alguna en semejantes discusiones y que para él la bandera nacional seguía siendo la bandera blanca. Esto dicho, se retiró con el Sr. Mechín, que parecía sumamente abatido. Los demás diputados se separaron sin haber tomado más resolución que la de volverse á reunir el día siguiente, á las seis de la mañana, en casa del Sr. Laffitte.

Si la generalidad de los hombres políticos, á quienes el heroísmo de la población iba á dar el poder y la fortuna, temblaban de miedo, Carlos X, cuyo trono se hundía, continuaba mostrando la misma confianza. Saint-Cloud había conservado su fisonomía habitual; el ceremonial y la etiqueta no habían cambiado. Polignac tenía engañado al rey sobre la situación de París, como el optimismo de los realistas tenía engañado á Polignac. Sin embargo, éste tomó en las Tullerías, como ministro interino de la Guerra, diferentes medidas á instancias de Marmont: hizo llevar á todas las compañías de guardias de corps el aviso de que estuviesen prontas á reunirse en Saint-Cloud, y á los alumnos de la escuela de Saint-Cyr la orden de trasladarse á esta residencia con sus cañones; los regimientos de la guardia que se hallaban de guarnición en Beauvais, Orléans, Ruán y Caén fueron llamados á París; levantáronse los dos campos de Luneville y Saint-Omer y las tropas que los componían se dirigieron á marchas forzadas sobre la capital. Al mismo tiempo que daba prisa para la expedición de estas órdenes, que los ministros consideraban como simples medidas de precaución, Marmont procuraba proporcionar víveres á los batallones sucesivamente replegados en las Tullerías y en la plaza de Luis XV, y asegurar los primeros cuidados á sus heridos. La tropa no había comido desde la mañana, se hallaba sin comunicación posible con sus cuarteles y no podía esperar ningún recurso de la manutención de víveres, cuyo establecimiento se hallaba en poder de los parisienses. La cantidad de pan obtenida por el maris-

cal fué insuficiente; dos ó tres batallones recibieron menos de media ración, y los demás tuvieron que contentarse con una distribución de vino. Durante la marcha de las columnas y á fin de sostener su energía moral, se había hecho correr la voz de que no les faltaría nada al llegar á las Tullerías donde les esperaban Carlos X y su hijo. Encontraron el palacio desierto, creyéronse abandonados por el rey y el Delfín y tomaron á mal que los príncipes, por quienes arriesgaron su vida, permaneciesen encerrados é invisibles en un castillo de recreo, á dos leguas del teatro del combate.

Las columnas habían recogido parte de sus heridos, que Marmont hizo curar en dos ambulancias provisionales; los demás fueron asistidos por el vecindario con igual solicitud que los insurrectos.

El destacamento del general Talón, que ocupaba el Hotel de Ville, se encontraba aislado y sin cartuchos al anochecer. En tal situación y cuando los malecones y calles adyacentes se hallaban todavía llenos de paisanos en armas, una retirada podía ser fatal. Establecióse

entonces una especie de suspensión de hostilidades, impuesta por el cansancio y la necesidad. La tropa dejó que los paisanos entraran y salieran de las casas de donde no habían cesado de hacer fuego. Abriéronse algunas tiendas. Los soldados se mezclaron en ellas con los insurrectos, comprando vino, único alimento que tomaban desde la mañana. A las doce de la noche, cuando ya las calles habían quedado desiertas, la columna del general Talón se retiró á las Tullerías, seguida del 15.º regimiento ligero y del 50.º de línea, dejando otra vez el Hotel de Ville en poder de los parisienses. Quedaba completado el movimiento de concentración dispuesto por Carlos X. Todas las tropas se hallaban reunidas bajo la mano del duque de Ragusa, quien se lo anunció á Polignac, poniendo en su conocimiento las disposiciones que había tomado para el día siguiente. A instancias del mariscal, el presidente del Consejo escribió al rey que la posición que el ejército ocupaba era inexpugnable y que éste podía sostenerse en ella tres semanas.